

ANTIGÜEDADES ESPAÑOLAS.



Casas de Ayuntamiento de Toledo.

Conquistada la ciudad de Toledo por las victoriosas armas del Rey de Castilla y Leon Alfonso VI, deseando conciliar las voluntades, tanto de los moros y cristianos que habitaban en su recinto, como las de los nuevos pobladores que de todos los ámbitos de la Península acudían á establecerse en el interior de sus muros, espidió tres cartas de fuero para los muzárabes, castellanos y francos, dejando á los moros y judíos sus jueces respectivos para dirimir sus controversias. Consiguiente á esto se nombraron tres alcaldes, uno para cada clase de habitantes, los cuales junto con seis que llamaban fieles, elegidos de dos en dos años entre los caballeros, y el alcalde castellano y el muzárabe y el alguacil mayor, tenían el gobierno y regimiento de la ciudad Pero era superior á todos ellos el alcalde mayor del Rey, cuyo nombramiento era privativo de la corona. También se juntaban á veces con ellos los caballeros de la ciudad que querían, de lo que resultó llamarse el cuerpo municipal de Toledo *Ayuntamiento* y no Concejo, á diferencia del de otras villas y ciudades de Castilla. A todas estas dignidades se añadieron luego las de alcai-

de de los Reales Alcázares y puentes, el de las alzas ó apelaciones, el de la Mesta, y el alférez mayor cuyos títulos ya de puro honor han quedado vinculados en varias casas grandes de España. Siguió así hasta que D. Juan II estableció los regidores perpétuos en número de diez y seis, y luego los Reyes Católicos añadieron los jurados, que eran otra especie de concejales perpétuos, sacados dos de cada parroquia nombrando además el primer corregidor que lo fue D. Gomez Manrique. Todo esto se ha abolido en época posterior, y el Ayuntamiento de Toledo ha quedado reducido al nivel de los demas de España. Tan solo han subsistido las grandes dignidades con voto, refundidas en las casas siguientes:

Alcalde mayor de la justicia en propiedad, el Duque de Maqueda, primer voto.

Alcalde de los Reales Alcázares y puentes, hoy el Duque de Alba y Liria, voto segundo.

Alcalde de las Alzadas, el Conde de Cifuentes, voto tercero.

Alcalde de la Mesta, Marqués de Montemayor, voto cuarto.

Alguacil mayor, Conde de Fuensalida, hoy Duque de Frias, voto quinto.

Alferez mayor, Conde de Torrejon, hoy de Corres, voto sexto.

El Ayuntamiento de Toledo ha sido en otros tiempos uno de los mas condecorados y ricos de España, estendiéndose su jurisdiccion y señorío territorial, en todo el terreno llamado *montes de Toledo*, lo cual compró la ciudad al Santo Rey D. Fernando, cuyo importe le sirvió á ese Príncipe para subvenir á los gastos de la conquista de Sevilla; pero ya esos montes están en su mayor parte enajenados y la jurisdiccion civil y criminal de sus lugares estinguida, quedándole tan solo al presente al Ayuntamiento la de unas miserables aldeas.

Antes de la época de los Reyes Católicos no sé que la municipalidad de Toledo tuviese edificio particular para sus juntas y reuniones, sirviendo algunas veces para semejante objeto los claústros de la iglesia Catedral. Las Casas Consistoriales que hoy vemos se empezaron á edificar despues de la conquista de Granada, segun documentos del archivo y varias inscripciones que aun subsisten en algunas habitaciones que han quedado de la primitiva fábrica; pero deseando la corporacion construir otras de nuevo, aprovechando tan solo lo que pudiese conservarse de lo antiguo, dió la comision para los planos al célebre pintor y arquitecto Dominico Greco Theutocopuli reinando D. Felipe III, la cual se acabó el 1627. Posteriormente es reparó en tiempo de Carlos II, y últimamente se terminó de todo punto esta obra segun la vemos en la actualidad, y está representada en el diseño que precede á este artículo, el 1703 reinando D. Felipe V.

Toda la fachada principal es de piedra berroqueña de excelente calidad, y sus dos cuerpos de arquitectura están perfectamente compartidos reuniendo la sencillez á la elegancia (1).

En la escalera de este edificio que es clara y espaciosa, hay dos retratos de D. Carlos II, y su esposa pintados por Carreño, y un gran lienzo del mismo Greco que representa una vista de los montes de Toledo. Pero lo que mas llama la atencion á cuantos se encuentran en este lugar, es una inscripcion con letras góticas doradas que estuvo sin duda colocada anteriormente en la antigua escalera de este edificio y ahora lo está embutida en el lienzo principal de la que actualmente existe. La hizo poner D. Gomez Manrique, primer corregidor que fue de Toledo por nombramiento de los Reyes Católicos, y se cree compuesta por su pariente el célebre poeta D. Jorge Manrique, aunque esto no deje de tener algunas dificultades, pero el language de ella demuestra su antigüedad, dice así:

Nobles, discretos varones
que gobernais á Toledo,

(1) Puede verse la descripcion artística de esta obra en la que escribió el Licenciado Pedro Herrera titulada, *Sagrario de Toledo*, de donde la copió el Sr. Llaguno en su historia de los arquitectos españoles.

en aquestos escalones
desechad las aficiones
cobdicias temor y miedo.
Por los comunes provechos
dejad los particulares,
pues os fizo Dios pilares
de tan riquísimos techos,
estad firmos y derechos.

La sala capitular conserva aun en sus muros colgaduras de terciopelo labrado de grande antigüedad, tegidas en las fábricas de esta ciudad, y que demuestran hasta qué punto llegó la industria á florecer en su recinto.

No concluiremos este artículo sin hacer mencion del riquísimo archivo que guarda con esmero el Ayuntamiento toledano. El erudito P. Burriel le coordinó y arregló en la forma que hoy se encuentra, y son inapreciables los tesoros que encierra, cuyo exámen y publicacion serian de suma utilidad para la ilustracion de nuestra historia nacional; pero por falta de esto van lentamente consumiendo su existencia encerrados sin fruto alguno en el fondo de sus armarios, y cada vez mas y mas deteriorándose hasta el punto de que se hallen ilegibles cuando llegue quizá un dia en que se aprecien y fomenten esa clase de trabajos que se miran al presente con la mayor indiferencia y descuido.

NICOLAS MAGAN.

NOVELA.

EL ESCLAVO. (1)

II.

Llegado el dia de la venta, perfumaron á los Celtas al salir del baño; peinaron cuidadosamente sus largas cabelleras, pusieron en ellas algunos adornos, cuidando sin embargo de conservar el carácter de novedad que probaba su origen. Por último, al llegar la hora cuarta, despues de colocar en sus fientes la misma corona que llevaban al entrar en Roma, y de haberles colgado al cuello un pequeño cartel que contenia las cualidades de cada uno, hiciéronles subir en tablados dispuestos delante de la taberna, y agregáronse á ellos unos quince antiguos esclavos, cuyo propietario esperaba poder vender por medio de la afluencia que atraeria la venta de los armóricos.

Segun la ley que mandaba que los corredores declarasen el origen de sus esclavos por señales exteriores, estos últimos no llevaban la corona de hojas que distinguia á los prisioneros de guerra, pero llevaban los pies untados con greda, lo que anunciaba que

(1) Véase el número anterior.

eran de ultramar. Algunos de ellos llevaban un gorro de lana blanca, para anunciar que el corredor no respondía de sus cualidades y no quería cargar con los compradores con la responsabilidad que la ley le imponía.

El Foro romano ostentaba por segunda vez su esplendor ante los habitantes de la Armórica; pero si los pobres cautivos habían recobrado con el descanso un poco de su antigua fuerza, sus almas ni estaban menos tristes, ni eran mas accesibles á las distracciones. La mayor parte de ellos apenas reparaba en aquel lujo de mármoles, bronce y monumentos. Solo una cosa les admiró, el aspecto casi desierto de aquella plaza, en la cual pocos días antes habían visto tantas oleadas de pueblo. Era el momento en que los magistrados administraban justicia, en que los comerciantes ajustaban sus negocios en las basílicas, y en que los compradores estaban ocupados en las tabernas. En cuanto á los ociosos, estaban como siempre donde había movimiento, ocupados en mirar como los demás trabajaban, y en juzgar de sus obras sin tomar parte en ellas.

Dentro de una ó dos horas, iba á cambiar completamente el aspecto del Foro. La población romana debía inundar aquella plaza al salir de los tribunales, de las tabernas y las basílicas, pero hasta entonces los cautivos eran dueños de sus acciones y de sus pensamientos. Emplearon aquellos momentos en despedirse por última vez. Las manos pudieron aun estrecharse; pudieron derramarse mutuamente algunas lágrimas, hablar de los que habían muerto, repetir el nombre del país en la dulce lengua céltica que pronto habían de abandonar por la de sus dueños.

Los mas fuertes trataron de dar algun consuelo á los mas débiles, hablándoles de venganza. Repitieron que no toda la Armórica se había perdido, puesto que los dioses que los protegían velarían siempre sobre sus hijos desterrados. Pero entre las voces que se levantaron para animar al generoso orgullo, sobresalía la del anciano druida Morgan.

—No mostremos cobardemente las heridas de nuestros corazones á los enemigos, decía con tranquilo y fuerte acento. Despues de haber vertido nuestra sangre ante ellos, no les demos el gozo de ver correr nuestro llanto; cualesquiera que sean las miserias que este pueblo nos reserve, ninguna agonía será para nosotros mas cruel, que las que sufrimos cuando nos arrancaron por fuerza del suelo paterno. Anímenos el pensamiento de que ya hemos sufrido las mas duras pruebas. Las mismas mugeres, si experimentan nuevos dolores con sus hijos, que no dejen escapar un grito, y que el corazón de la Armórica sea bastante grande para sepultar todas las lágrimas de la madre.

Las miradas de Morgan dominaban á cuantos estaban á su alrededor con una espresion sublime de mando; pero cuando encontraron sus ojos á los de Norva que los fijaba ansiosa sobre su hijo, brilló una sombra de piedad, y su voz repentinamente se dulcificó.

—Norva, le dijo, eres la esposa de un gefe; pien-

sa que desde el palacio de nuves en que ahora habita mi hermano te está mirando: no le hagas que se avergüence á los ojos de los héroes.

—Haré lo posible, contestó la madre.

—Y tú niño, añadió el anciano dirigiendose á Arvinos, tú que tal vez dentro de pocas horas serás solo una triste rama separada del tallo, recuerda que la Armórica es tu patria, y que antes del día en que Roma ha pisoteado tu tierra natal, los Celtas, á quienes ha cargado de cadenas, vivían libres y felices en medio de sus grandes selvas. Todo el odio sea pues para nuestros vencedores! y cuando nuestros dioses, los únicos verdaderos y poderosos, permitirán que llegue el momento de la libertad, muestra á esta nación que tambien nosotros somos dignos de ser señores, pues sabemos hacer padecer. Si jamás al ver á uno de nuestros enemigos sintieses algun pensamiento de piedad, escucha tus recuerdos, y todos te dirán que á falta de otra herencia, los armóricos han transmitido á sus hijos la de la venganza.

Los rayos que despedían los ojos de Arvinos, contenían mas promesas que las mas energicas palabras. Morgan, el noble y animoso anciano, pero sacerdote de una religion que no perdona, pareció ser feliz con los sentimientos que acababa de escitar, y poniendo la mano sobre la cabeza del niño como en señal de bendiccion, se volvió á la madre añadiendo:

—Nada temas por tu hijo, Norva, tiene ya el corazón bastante fuerte para que pasen por él los males de la vida sin envilecerle.

El clisidro del templo de Castor señalaba la hora quinta; era el momento en que la multitud iba á invadir la plaza del Foro; el corredor impuso silencio á los esclavos.

Norva se aproximó á Morgan, y trató de que su hijo se uniese todavía mas á ella; se consideraba mas fuerte colocada de este modo bajo aquella doble proteccion de amor y piedad. Arvinos estrechó contra su corazón la mano de su madre, y le dirigió una mirada que contenía todas las suplicantes sumisiones del niño, y las altivas resoluciones del hombre.

No tardaron los curiosos en rodear las tabernas de esclavos que había en los diferentes puntos del Foro. Cada uno de los corredores, con una varita en la mano y paseándose por delante de los tablados, procuraba llamar la atención de la muchedumbre añadiendo á las impudentes mentiras de sus vecinos:

—Aquí, aquí, ilustres ciudadanos, gritaba el dueño de Norva y de su hijo; ninguno de mis cofrades podrá daros esclavos dotados de tan maravillosas cualidades como los míos. Ya sabeis que hace mucho tiempo que soy conocido en el comercio, por la superioridad de mis mercaderías.

—Mirad, prosiguió, señalando á un armórico de unos treinta años, notable por la belleza de sus formas y la energía de sus actitudes, ¿dónde encontraréis un hombre tan fuerte y hermoso? ¿No es digno de servir para modelo de un Hércules? Pues bien, nobles romanos, creedme bajo mi palabra, pues nada me obliga á mentir, este esclavo es todavía mas pre-

cioso por su probidad, su inteligencia, su sobriedad y su sumisión, que por esa hermosura que os admira. ¿Cuál de vosotros pues dejará de hacer un ligero sacrificio para adquirir tan raro tesoro?

Cuando mas aumentaba la concurrencia en rededor de la taberna del corredor, mas redoblaba él su palabra desvergüenza. Hubiérase dicho que la innoble figura de aquel marchante de *hombres*, personificación *viviente* de todas las pasiones vergonzosas y brutales, era arrojado allí como por contraste ante aquellas hermosas cabezas célticas, que en su mayor parteno reflejaban mas que instintos altivos, y profundos sentimientos.

Ya se habian concluido muchos tratos, ya muchos decretos de separacion se habian fulminado entre seres queridos. Mas de un anciano habia visto alejarse el hijo que era su apoyo, mas de un hijo habia visto marcharse á su madre, y sin embargo todos cumplian religiosamente la promesa que habian hecho de que su dolor no sirviese de espectáculo á sus enemigos. Ahogábase un suspiro, reprimíase una lágrima en el corazon á cada nuevo compañero que se veia atravesar la muchedumbre y perderse á lo lejos; y si el valor abandonaba á una madre al separarse de su hijo, se colocaban delante de ella, á fin de que sus gemidos no llegaran hasta los dueños.

Todas las escenas de este drama terrible, pero silencioso, resonaban en el alma de Norva. A cada golpe que alcanzaba á uno de sus hermanos, sentia como una nueva facultad dolorosa que en ella se desenvolvía; pero cuando iba á desfallecer, miraba á Morgan, y la vista de aquella cabeza impasible le devolvía el valor.

Sin embargo durante algunos instantes el corazon de la pobre muger se inundó de alegría; una misma persona acababa de comprar á una madre y á su hijo. Pero pronto le oprimia de nuevo el recuerdo y el dolor: ¡tenia en torno á sí tantos niños sin madres, tantas madres sin hijos!

Ya no quedaban mas que diez armóricos, y entre ellos el grupo de Morgan, Norva y Arvinos, cuando los ojos de un liberto se fijaron con marcada atencion en este último.

El corredor siempre atento á lo que cerca de él pasaba, se adelantó apresurado hácia el niño, y poniendo la punta de su varilla sobre su espalda:

—Ved, noble romano, le dijo volviéndose al liberto, ¿no diriais al verle tan grande y robusto que este niño tiene por lo menos quince años? pues bien, puedo garantizaros que solo tiene nueve; juzgad lo que será algun dia. Verdaderamente esta raza armórica es maravillosa.

Norva no habia podido evitar un estremecimiento al ver colocada sobre su hijo la varilla del corredor. En cuanto á Arvinos ninguna señal de abatimiento dió durante el largo exámen que de él hizo el comprador.

Por último, despues de haberse convencido probablemente, de que el niño le convenia, ofreció por el trescientos sesterces. Algunos hicieron subir el precio

hasta cuatrocientos, pero no hubo mas proposicion.

Como á último postor, el romano se adelantó entonces sobre el tablado, hácia un hombre que tenia delante una pequeña mesa en la cual habia unas balanzas de cobre, tomando en la mano un *as*:

—Digo, repitió, que segun el derecho de los *quiritos* este jóven es mio, y que le he comprado con esta moneda y esta balanza.

Y en seguida dejó caer el *as* sobre uno de los platillos.

Aquel ruido fue como un golpe mortal para Norva, pues el mismo habia precedido á la partida de cada uno de sus compañeros. El niño se turbó un momento al ver la palidez de su madre, pero una mirada de Morgan bastó para volver la calma á su aspecto.

El anciano se inclinó con viveza hácia Norva, le dijo algunas palabras al oido, y la pobre madre se levantó al momento.

Aquella escena fue sin duda demasiado rápida, para que ningun estrangero reparase en ella. Morgan por lo menos así pareció que lo creía, pues lanzó sobre la muchedumbre romana una desdeñosa mirada.

El corredor fue á tomar á Arvinos, para incorporar con los antiguos esclavos del liberto, que esperaban un nuevo compañero al pie del tablado. Un gesto brutal separó al niño de la madre, y los labios de la pobre muger ni tiempo tuvieron de besar la frente de su hijo.

—Hasta la vista, madre mia, exclamó Arvinos; pronto nos volveremos á ver, pues cuento con mi fuerza y mi paciencia. —Hasta la vista, Morgan.

—Adios, exclamó este, estendiendo la mano hácia él.

Y su brazo permaneció tendido mucho tiempo, pues ocultaba á la curiosa muchedumbre la pálida cabeza de Norva.

III.

El liberto que habia comprado á Arvinos era el intendente de uno de los jóvenes patricios mas ricos de Roma. Claudio Corvino habia heredado, hacia pocos años, cien millones de sesterces (1) de los cuales habia disipado ya la mayor parte. Así era que citaban á su casa como una de las mas suntuosas del monte Celio. Los suelos eran de mármol de Caristia, las columnas de bronce, las estatuas de marfil, y los baños de porfirio. Habia en ella tantas salas de festin, ó *tridinium*, cuantas eran las estaciones, y las camas de aquellas salas eran de cedro embutido de plata, las almohadas de vello de cisne, y los forros de seda de Babilonia. Todas las paredes estaban cubiertas de tegidos atálicos, y flotaban sobre las mesas de los festines velos de púrpura recamados de oro.

Cuando llegó el liberto con el niño á aquel espléndido palacio, llamó á una puerta de bronce: el *ostiarius* salió de su casilla donde estaba encadenado

(1) 83.513,333 reales.

cerca de un moloso, y abrió al momento; entonces el conductor de Arvinos, hizo llamar al *cartaginés* que era el intérprete encargado de hacerse entender por los trescientos esclavos de Corvino. Dedicado al comercio antes de su cautiverio, había recorrido todos los mares en naves de su nación, y poseía la mayor parte de las lenguas de los pueblos marítimos. El liberto le entregó el joven Celta, para que le hiciese vestir convenientemente, y le diera las necesarias instrucciones. El cartaginés llevó al niño al sitio que ocupaban los esclavos.

—¿Te ha informado ya alguno de tus nuevos deberes? le preguntó.

—Solo he recibido lecciones de hombres libres, contestó Arvinos con sequedad.

El intérprete se sonrió.

—Bien se conoce que eres hijo de esos Galos, que solo temen la caída del cielo, contestó irónicamente Sin embargo te aconsejo que temas además los golpes de las correas. Sabe, primero, que en tu cualidad de esclavo, no eres persona sino cosa, tu dueño puede hacer de tí lo que le dé la gana; encadenarte sin razón, azotarte para distraerse, ó hacer que te coman las morenas de su vivero, como Vedio Pollion.

—Que use de su derecho, dijo Arvinos.

—Corvino no es malo, prosiguió el *cartagines*; es uno de los *elegantes* de Roma, y su principal ocupacion es arruinarse. Regularmente no se levanta hasta la hora décima (las cuatro de la tarde) para ponerse en manos de sus familiares que le perfuman, pintan sus mejillas con espuma de nitro encarnado, frotan su barba con *psilotrum* para que caiga el pelo; ciento cincuenta esclavos se ocupan aquí de solo su persona, y cada uno de ellos tiene diferentes funciones.

—¿Cuáles serán las mías? preguntó Arvinos.

—Estarás ocupado en conducir los carros, respondió el intérprete. Sígueme, voy á enseñarte tu reinado.

Condujo al joven Celta á las cocheras, y le mostró varios carros que allí habia.

—Estos primeros son los *petorita*, carruages de cuatro ruedas, imitados de los de los Germanos, y que sirven para transportar prisioneros ó esclavos; los otros son los *covini*, carros cubiertos en los cuales sale el amo cuando llueve. Estos carruages ligeros, adornados de marfil, de nacar y de plata cincelada, que ves á la derecha, se llaman *rheda*; Corvino los usa comunmente para paseo. A la izquierda están las literas guarnecidas de tapices de Persia y de cortinages de púrpura.

Arvinos estaba absorto con tanta magnificencia. El intérprete le llevó á las caballerizas empedradas con lava, y con los pesebres de marmol de Luna.

—Las cincuenta mulas que están allí en fila, le dijo, son para tirar los carros de Corvino; los sesenta caballos que hay en el otro lado sirven para los esclavos reunidos que van delante del carro del amo cuando sale. Ahora que ya sabes estos sitios, voy á llevarte al jefe de las caballerizas para que te des tus órdenes.

Arvinos pasó con el intérprete á ver al esclavo encargado de los carruages, quien manifestó al *cartaginés* cuáles serian las ocupaciones del mancebo, el cual se las trasmitió cuando hubo concluido:

—Solo me queda recomendarte una cosa, añadió; y es que guardes siempre silencio delante del amo, cuando sepas la lengua latina. Es tan orgulloso con sus esclavos, que nunca les dirige la palabra. Cuando les manda, es por señas ó escribiendo en tablillas. Ahora puedes ir á buscar tu *diarium* ó racion diaria; luego principiarás á trabajar.

Era tan nuevo para Arvinos cuanto acababa de ver y escuchar, que si no disminuyó, suspendió por lo menos su dolor. Pero otra cosa fue cuando vió salir en medio de sus clientes, de mugeres tocando la flauta y de los sacerdotes salianos, á Claudio Corvino, vestido con la toga de púrpura, el cabello perfumado con cinamomo, los brazos pulimentados con piedra pomez y llenos de anillos cubiertos de piedras preciosas. Jamás habia concebido la idea de tanta opulencia. Tal era en efecto en aquella época la vida de los ricos patricios de Roma, que sus casas mas bien que sus habitaciones particulares parecian cortes afeminadas de los Reyes mas poderosos del Asia. Solo se oian en ellas las voces de los cantores; coronas de rosas de Pestum, abandonadas por los convidados, cubrian siempre el suelo, y los respiraderos entreabiertos exhalaban sin cesar un perfume de festin. Todas las mañanas llenaba el vestíbulo una multitud de clientes, para recibir la *sportule* ó distribucion diaria de cien cuadrantes (1) con la cual se aseguraba el patrono su voto en las elecciones de magistrados. El mismo se mostraba alguna vez á aquellos famélicos cortesanos, atravesando por en medio de ellos con desdenoso paso, y con la cabeza inclinada hácia el esclavo *nomenclator*, que le decia al oido el nombre de cada uno de ellos.

Empleábase el resto del dia en paseos á pie, por los pórticos del Foro, ó en carro por la via Apia. Luego seguia la comida de la noche, á la cual acudian los parásitos, y que frecuentemente duraba hasta el amanecer.

Citábase la mesa de Claudio Corvino por su delicadeza. Formaba parte de aquel senado de comedores que habian propuesto premios públicos á los que inventasen nuevos manjares, y su cocinero, comprado por el enorme precio de cien mil sestercios (2), era el mismo á quien el ilustre gloton Apicio habia regalado una corona de plata como el hombre mas útil de la república. Así era que el *triclinium* de Corvino estaba lleno de convidados de las familias mas nobles y de los magistrados mas elevados de Roma.

Pronto sucedió el desprecio á la sorpresa que debió causar en Arvinos una tan nueva clase de vida. Criado con los hábitos frugales de su nación, y acostumbrado á desdeñar cuanto nada añadía ni á la fuerza del hombre ni á su sabiduría, apartó la vista

(1) Cuatro reales y medio.

(2) 163,666 reales vellon.

con orgulloso disgusto de aquella profusion sin objeto, y se puso de nuevo á pensar tristemente en la Armórica. El recuerdo de su madre estaba presente siempre en su memoria; era el único amor que le quedaba, el último interés de su vida; confió que á fuerza de investigaciones podria averiguar en Roma el amo que la habia comprado.

Para verificar tan difícil averiguacion, era preciso primero hacerse entender. Púsose pues á estudiar el latin con todo el ardor que puede inspirar una passion única y profunda. Desgraciadamente su lengua, avezada al rudo acento céltico, se negaba á mas suaves inflexiones. Su memoria no conservaba sino con una especie de pereza rencorosa las palabras de aquel pueblo enemigo, y hubiérase dicho que todos los instintos patrióticos se sublevaban en él contra el idioma del vencedor. Pero la voluntad de su alma, mas fuerte y paciente, acabó por domar su repugnancia; y apenas habian transcurrido algunos meses Arvinos entendió lo que le decian y pudo responder.

Entonces principió sus averiguaciones; pero conoció pronto que le faltaban el tiempo y la libertad para hacerlas con buen éxito. Su tiempo pertenecia al amo, y apenas podia disponer de pocas horas al dia. Asi pues pasaron muchos meses sin que pudiera saber la suerte de Norva.

Triste y desanimado, reflexionaba en sí mismo el niño cómo podria hacer mas provechosas sus investigaciones, cuando un espectáculo que presencié cambió todas sus preocupaciones.

(Se continuará).

MISCELANEA.

FISIONOMIA DEL GATO. (1)



Codicia hipócrita.

El dulce vapor de una taza de leche caliente y azucarada conmueve voluptuosamente el olfato de la golosa. ¿No se parece á esos convidados golosos que se deshacen en excusas y cumplimientos y gracias equí-

(1) Véase el numero anterior.

vocas, dejando entretanto que les llenen el plato hasta la orilla?



Codicia inocente.—Calma digestiva.

Curiosidad y deseo al ver la cola de un raton ó una bola de papel que arrastra atada á un cordel el niño de la casa.

Sin duda alguna despues de una abundante comida, es cuando este venerable se ha colocado tan á sus anchas para dormir su siesta. Pestaña, se le hinchan las megillas, no le estorbeis.



Ternura y dulzura.

¡Qué madre acaricia á su hijo y le limpia con mas gracia, con mas cariño.... y que chiquillo, en circunstancias iguales, es tan paciente como el hijo de la gata!



Atencion, deseo, sorpresa.—Satisfaccion y somnolencia.

Son dos variaciones nuevas de espresiones estudiadas ya. La primera es la de un gato ante el cual se habia colocado una cesta tapada. ¿Temia ser engañado? ¿Alegrábase de la sorpresa que le preparaban? Júzguelo el lector.

La segunda fisonomía es muy conocida. Este delicioso estado de quietud y somnolencia lo causa probablemente el calor y la blandura de una buena cama.



Cólera unida al temor. — Temor solo.

Una mano ó un palo está levantado contra estas dos cabezas. Como dos escolares bajo la férula de un maestro, temen, pero con caracteres diferentes: el uno quisiera resistir, el otro se somete, tal vez porque se reconoce culpable. ¿Qué crimen habrá cometido? Habrá llenado tal vez de pelo un sofá, ó desgarrado una cortina.



Alegria expansiva. — Furor y espanto.

Se mima, se acaricia y rasca á este epicúreo. Sus ojos están húmedos; sus labios entreabiertos descubren los bordes de una lengua color de rosa. ¡Cuán dulce y agradable es para él la vida! ¡Cuán lejos está de él todo pensamiento triste ó desagradable! No hay que dudarle, desprecia soberanamente toda filosofía que no sea la del placer. No cree en la miseria ni en los grandes padecimientos.

Pueden suponerse los mas terribles accidentes para explicar el espanto que contrae este otro semblante de gato. El desgraciado animal se ve amenazado por un mastín. El basurero con su ganchito y su canasto, quiere hacer un manguito con su piel, y un pastel con su carne. ¡Epicúreo, mal hermano que te ries siempre, también puede llegarte tu vez!



La muerte.

Lúgubre fin. El ojo está apagado, el cuerpo tieso.

Se acabaron las gracias de la minina, sus graciosas y muelles posturas. ¡Adios pobre minina, adios!

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LOS MORISCOS DE VALENCIA. (1)

ALAXUAR.

El fin de los moriscos de Alaxuar fue mas sangriento y desdichado en razon á su mayor resistencia. Nombraron estos por Rey á un morisco valeroso, molinero del pueblo de Guadalea, llamado por nombre Milino ó Mollini. Reuniendo todos los hombres de armas tomar de los pueblos mas inmediatos, y otros que de puntos mas remotos venian fugitivos, organizó en breve un cuerpo numeroso que llegó á ser de ocho mil hombres, los cuales dividió en cinco compañías, atendiendo al pueblo y naturaleza de cada cual. Despues de elegir gefes para cada uno de aquellos tercios, nombró por general de ellos á un valiente morisco, el cual para ser conocido llevaba sobre sus armas una sobrevesta ó túnica blanca que le llegaba á las rodillas, á la manera de los antiguos paladines.

Luego que se tuvo noticia de este levantamiento, marchó D. Sancho de Luna con algunas fuerzas para hacer frente á los rebeldes y cubrir los pueblos inmediatos. Metióse dentro de Murla con unas cuantas compañías, que unidas á la milicia del pueblo serian apenas seiscientos hombres: con tan escasas fuerzas hizo algunas correrías por los pueblos de los moriscos, en una de las cuales, con harto riesgo suyo, se apoderó de una gran cantidad de bagages y víveres que llevaban en un convoy de mas de trescientas cargas. Asi permaneció muchos dias acuartelado en Murla, con no poco sentimiento de los pueblos, al ver la calma con que se procedia en las operaciones, dando tiempo á los moriscos para organizarse.

Reunido por fin todo el grueso de las tropas, determinóse atacar á los rebeldes en sus posiciones por el punto titulado *las Azavaras*: para llevar esto á cabo marcharon dos soldados de la compañía de D. Diego Mesa, prácticos en el terreno, para reconocer el estado en que se hallaba. Llamábanse aquellos Antonio Molina y Alonso del Castillo, soldados viejos y agueridos, no menos valientes en el campo de batalla que arteros en las astucias y estratagemas de la guerra. Al débil resplandor de las estrellas de una noche serena y fria atravesaron las Azavaras y reconocieron las débiles fortificaciones levantadas por los moriscos, trepando unas veces por rocas inaccesibles, y arrastrándose otras por el suelo al pasar cerca de las pocas centinelas que velaban en las afueras de Alaxuar. Cuando los ladridos de los perros alarmaron á los moris-

(1) Véase el número anterior.

cos, los intrépidos españoles se deslizaron por un formidable derrumbadero y siguiendo con harta pena el cauce de un torrente, que bajaba con estruendo hacia la llanura, eludieron la persecucion de los rebeldes y llegaron á salvo al campamento de Murla.

Con las noticias que dieron se dispuso al punto el ataque, y á la mañana siguiente salió D. Sancho de Luna con 1800 hombres á ocupar un fuertecillo que habian levantado en un repecho, el cual ganaron al cabo de un rato, despues de una gallarda resistencia.

Fiados los moriscos de Alaxuar en sus falsos pronósticos y supersticiones descuidaron, lo mismo que los de Ayora el fortificar varios puntos importantes y de difícil acceso desde donde pudieran haber hecho una larga resistencia, y únicamente abastecieron el castillo del Pop y algunas rocas inmediatas. Creían que seria mucho mejor dejar á los cristianos penetrar dentro del valle para que cegasen al punto que entráran en él, como habian pronosticado los alfaquis llamados Pallop y Barom, y pudieran entonces exterminarlos á mansalva. Por esta misma razon desecharon las proposiciones, que varias veces les hizo D. Sancho de Luna.

En vista de esto marchó hacia aquel punto Don Agustin Mexia con el tercio de Sicilia, y mandó reunir todas las milicias de aquel pais, como igualmente las de Alicante y Alcoy. Reunidas todas en el pueblo de Murla y sus inmediaciones, preparábase Moxia para atacar, cuando con sorpresa de todos se presentaron el dia 15 tres síndicos moriscos, los cuales mandaron á nombre del Rey Melino evacuar el pueblo de Murla, por haberlo escogido él para su alojamiento. «Que baje cuando quiera, respondió con donaire el General español, que yo estoy pronto á recibirle con todos los honores que merece.»

Esta escarumaza y el hallarse ya los cristianos dueños de la entrada del valle causaron alguna sensacion en los moriscos: pero aferrado Milino en sus ridículas supersticiones, impidió á las familias de los tres pueblos que sacasen ropa ni efectos.

Viendo Mexia esta obstinacion determinó atacar por todas partes á los moriscos, arrojarlos de los valles y privarlos de las aguas; señalóse el dia 21 de Noviembre para el ataque general: 400 soldados del Ducado de Gandia prácticos en el terreno, debian apoderarse de las Azavaras y del pueblo de Orba; otros 500 soldados efectivos tomaron posicion desde aquel punto al castillo del Pop, y las milicias de Venisa y Tablada se debian apoderar de unas peñas contiguas al mismo. Al amanecer se formó á las afueras de Benixembla una columna compuesta de seis compañías de soldados viejos del tercio de Nápoles y otras cinco de Sicilia, que debian subir á ganar el pueblo de Alaxuar, sostenidos por otros 4000 hombres de milicia efectiva.

Dispuestas todas las tropas antes de amanecer, tocaron las campanas á la oracion en el pueblo de Murla, y acto continuo hicieron señal en todos los puestos con las cajas y trompetas, y se dió la señal del combate. Al punto principiaron á subir de siete en

fondo la cuesta llamada *de la Garga*, y dejando el camino trillado siguieron por otro mas accesible y flanqueado de peñas que habian indicado los espías. Acudieron los moriscos á su defensa y á pesar de ver desvanecidas sus esperanzas supersticiosas, opusieron á los agresores una desesperada resistencia. Largo rato hacia que duraba la pelea sostenida con teson por ambas partes: confiados los moriscos en su ventajosa posicion, arrojaban sobre los cristianos enormes peñas que obstruian el camino y arrastraban en su impetuosa caída cuanto cogian por delante. Para librarse de su choque se arrojaban algunos á un profundo despeñadero, en cuyo fondo bramaba un torrente impetuoso que estrellaba su furia contra las peñas del valle. A pesar de tantos obstáculos llegaron los españoles al encueuro de los rebeldes, y entonces ya la victoria no estuvo indecisa: mal armados los moriscos y sin táctica ni manejo en las armas, mal pudieron resistir el empuje de aquellos curtidos veteranos, que habian cruzado sus picas con los tercios mas aguerridos de Europa. Bien pronto los moriscos principiaron á desordenarse, á pesar de los esfuerzos del valeroso Milino que se batia en la primera fila. Conociéndole por sus palabras y superioridad de armas un sargento llamado Gallardo, avanzó con denuedo hacia él, y se trabó entre los dos un corto combate parando el sargento con su alabarda los tajos del alfange contrario, hasta que logrando una coyuntura favorable le atravesó de un bote de alabarda, cayendo en seguida al torrente donde desapareció.

Al ver el trágico fin de su pretendido Rey, huyeron presurosos los moriscos á guarecerse del castillo del Pop. Al mismo tiempo los moriscos de Alfeche y Alaxuar que permanecian aun en sus casas obedeciendo á su Reyezuelo, abandonaron sus casas para recogerse al castillo, pero alcanzados por los cristianos fueron muchos de ellos pasados á cuchillo antes de llegar á la roca, pasando su número de 1500, incluso los que cayeron en el combate. Al mismo tiempo las milicias efectivas de Gandia, Denia y Xabea, atacaban por otra parte las rocas inmediatas al castillo desalojando de ellas á los moriscos.

(Se continuará).

ANUNCIO.

La administracion del SEMANARIO PINTORESCO se ha trasladado á la calle de la Villa, núm. 6, cuarto principal, á donde podrán dirigirse las reclamaciones ó advertencias que ocurran.

MADRID—IMPRESA DE D. F. SUAREZ, PLAZUELA DE CELENQUE N. 3.